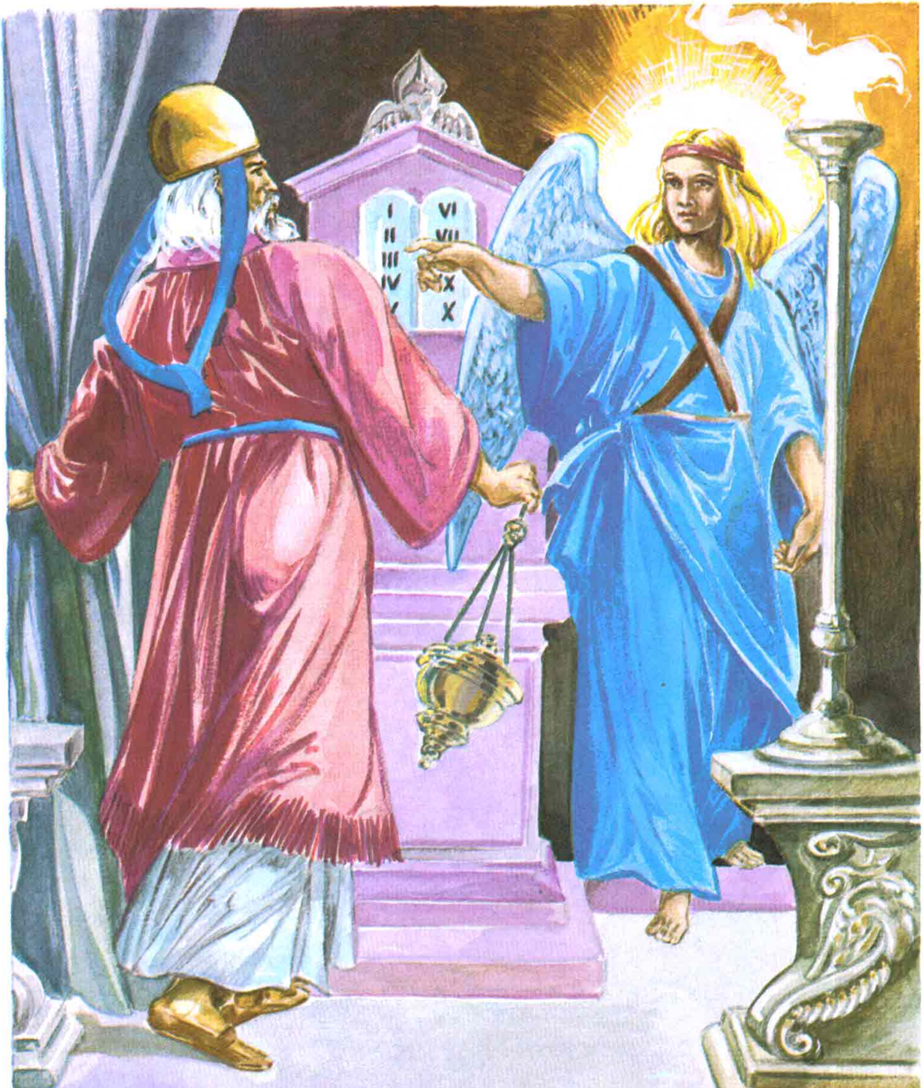
San Juan Bautista

SAN JUAN BAUTISTA

A. CODESAL MARTIN

Ilustraciones de OLIGART

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA


I
II
III
IV
VI
VII
X
X

La anunciación del nacimiento de Juan

Zacarías era un sacerdote judío que estaba casado con Santa Isabel, y no tenían hijos porque ella era estéril. Siendo ya viejos, un día cuando estaba él en el Templo ofreciendo el incienso dentro del Santa-Santorum, se le apareció un ángel de pie a la derecha del altar.

Al verlo quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: «No tengas miedo, Zacarías; pues vengo a decirte que tú verás al Mesías, y que tu mujer va a tener un hijo, que será su precursor, a quien pondrás por nombre Juan. No beberá vino ni cosa que pueda embriagar y ya desde el vientre de su madre será lleno del Espíritu Santo, y convertirá a muchos para Dios».

Pero Zacarías respondió al ángel: «¿Cómo podré asegurarme que eso es verdad, pues mi mujer ya es vieja y yo también?»

El ángel le dijo: «Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, de quien he sido enviado a traerte esta nueva. Mas por cuanto tú no has dado crédito a mis palabras, quedarás mudo y no volverás a hablar hasta que todo esto se cumpla».

Entretanto estaba el pueblo en el atrio de fuera esperando a Zacarías, y se maravillaban de que tardase tanto en salir del Santa-Santorum. Cuando salió y vieron que no podía hablar, comprendieron que habría tenido alguna visión. El procuraba explicarse por señas.

Recibe el Espíritu Santo

Seis meses después, el mismo ángel se apareció a la Santísima Virgen comunicándole que iba a ser Madre del Hijo de Dios, y también le dio la noticia del embarazo de su prima Isabel.

Llena de gozo corrió a felicitar a su prima y a ponerse a su disposición para ayudarle en aquellos difíciles momentos. Y habiendo entrado en su casa la saludó y abrazó. En aquel momento, el niño Juan saltó de alegría en el vientre de su madre, porque acababa de recibir la gracia del Espíritu Santo al contacto del Hijo de Dios que estaba en el vientre de la Virgen.

También Santa Isabel se sintió llena del Espíritu Santo y rebosante de gozo, con espíritu profético, exclamó: «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene a mí tanta dicha de que la Madre de mi Señor venga a verme? Pues en el instante que la voz de tu salutación llegó a mis oídos, la criatura que hay en mi vientre se puso a dar saltos de júbilo. ¡Oh, bienaventurada eres Tú que has creído! porque sin falta se cumplirán todas las cosas que se te han dicho de parte del Señor».

Entonces María dijo: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en el Dios mi salvador...»

Y permaneció la Virgen en casa de su prima cosa de tres meses; seguramente hasta que nació San Juan y pudo hacer con él el oficio de Madrina cariñosa.

Adolescencia y juventud

De la infancia de San Juan nada sabemos. Sus padres ancianos vivirían poco tiempo. Pero mientras vivieron, ¿no volvería la Virgen, esta vez acompañada de San José y el Niño Jesús, a visitar a su prima? Seguramente no, pues la Divina Providencia los dirigió por otros caminos.

Los artistas y los poetas se han complacido con la imagen de un San Juan niño jugando con el Niño Jesús, o acariciando un corderito que simboliza al *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* y que un día él señalaría con el dedo. Pero lo más seguro es que Jesús y el Bautista no se vieron hasta que tuvieron treinta años a la orilla del Jordán. Al menos San Juan nos asegura que él no le conocía.

Tal vez, siendo Juan aún un muchacho ya se quedó huérfano de padre y madre, y lleno del Espíritu de Dios huyó desde jovencito al desierto porque el contacto con la naturaleza le acercaba más a Dios que el bullicio del mundo, y vivió toda su juventud dedicado exclusivamente a la penitencia y la oración.

Como vestido sólo llevaba una piel de camello, y como alimento, aquello que la Providencia pusiera a su alcance: frutas silvestres, raíces, y principalmente langostas y miel silvestre. Solamente le preocupaba «*el Reino de Dios y su justicia*»; pero Dios sabía lo que necesitaba y se lo daba «*por añadidura*».

Juan predica penitencia

Y sucedió que cuando Juan tenía aproximadamente treinta años, se fue a la ribera del Jordán, conducido por el Espíritu Santo, para predicar un bautismo de penitencia.

Juan no conocía a Jesús; pero el Espíritu Santo le dijo que le vería en el Jordán, y le dio esta señal para que lo reconociera: «Aquel sobre quien vieres que me poso en forma de paloma, Ese es».

Habiendo llegado al Jordán, se puso a predicar a las gentes diciéndoles: «Haced frutos dignos de penitencia y no estéis confiados diciendo: Tenemos por padre a Abraham, porque yo os aseguro que Dios es capaz de hacer nacer de estas piedras hijos de Abraham. Mirad que ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego».

Y las gentes le preguntaron: «¿Qué es lo que debemos hacer?» Y contestaba: «El que tenga dos túnicas que reparta con quien no tenga ninguna; y el que tenga alimentos que haga lo mismo»...

«Yo a la verdad os bautizo con agua para moveros a la penitencia; pero el que ha de venir después de mí es más poderoso que yo, y yo no soy digno ni siquiera de soltar la correa de sus sandalias. El es el que ha de bautizaros en el Espíritu Santo...»

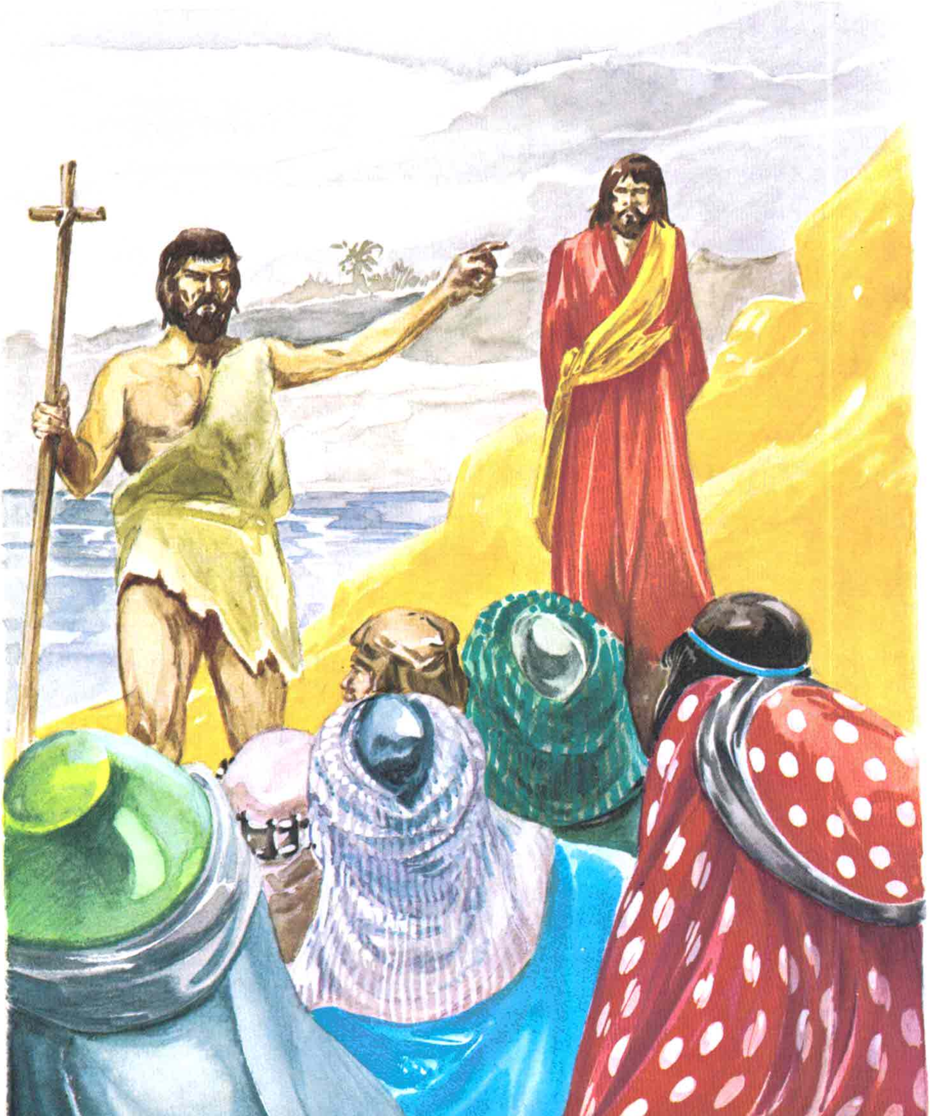
Bautismo de Jesús

Los judíos empezaron a sospechar si sería él el Cristo que tenía que venir; y enviaron a unos sacerdotes a preguntarle: «¿Tú quién eres?» El confesó claramente: «Yo no soy el Cristo». Y volvieron a preguntarle: «Pues, ¿quién eres? ¿Eres tú Elías? ¿Eres el Profeta?» Respondió: «No».

Insistieron: «¿Pues cómo bautizas si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?» Respondió Juan, diciendo: «Yo bautizo con agua: pero en medio de vosotros está Uno a quien vosotros no conocéis. El es el que ha de venir después de mí, y al que no soy digno de soltar la correa de sus sandalias...»

Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan para ser bautizado. Juan se resistía a ello diciendo: «¡Yo debo ser bautizado por Ti y Tú vienes a mí!» A lo cual respondió Jesús, diciendo: «Déjame hacer esto ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia». Entonces Juan condescendió con El.

Habiendo sido bautizado Jesús, al momento de salir del agua, y mientras hacía oración, se abrieron los cielos y se vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y permaneció sobre El. Y en aquel momento se oyó una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias».

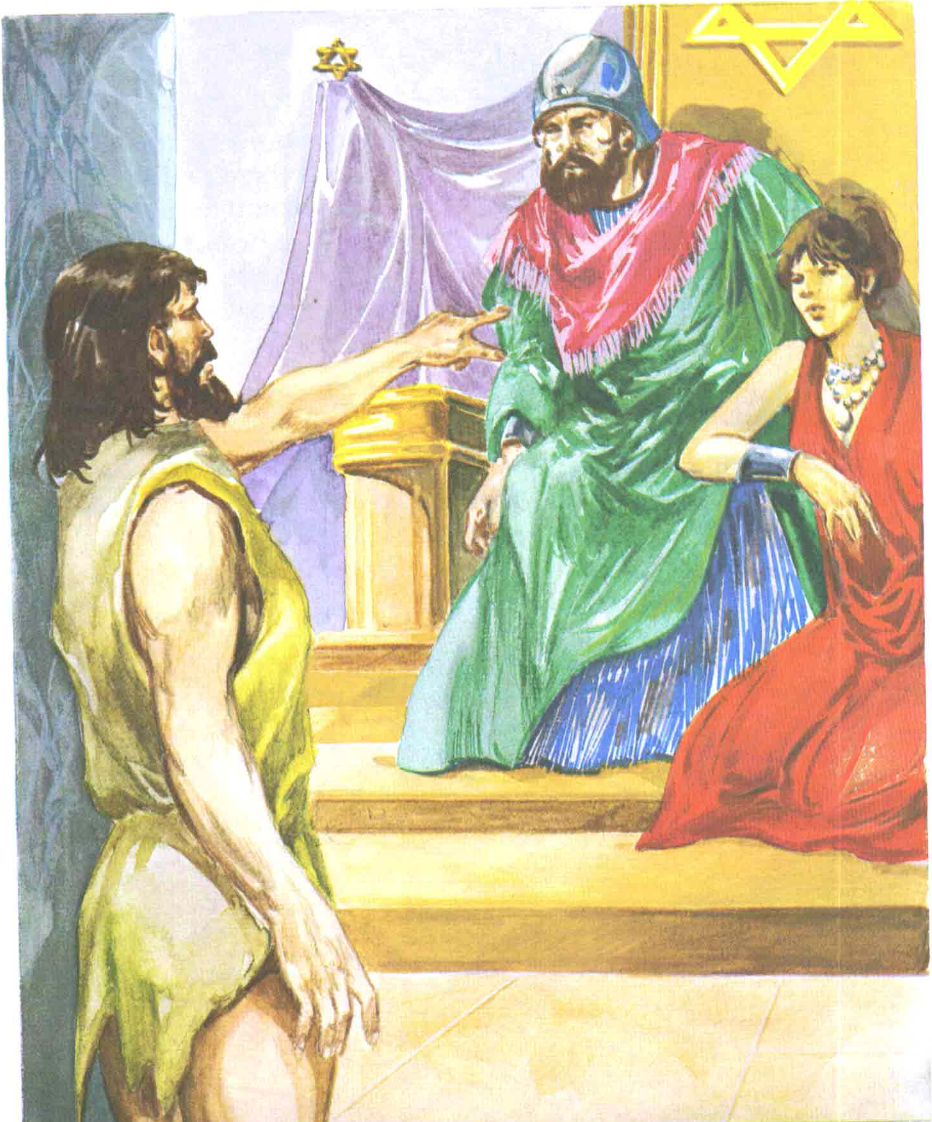


He aquí el Cordero de Dios

Al día siguiente vio Juan a Jesús que venía a su encuentro, y al verlo venir dijo a los que estaban con él: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo os dije: Detrás de mí vendrá un varón, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo. Yo no le conocía, mas para darlo a conocer a Israel, he sido enviado a bautizar con agua».

Entonces Juan atestiguó, diciendo: «He visto al Espíritu en forma de paloma descender del cielo y posarse sobre El. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquél sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y posa sobre El, ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que El es el Hijo de Dios».

Al día siguiente, aún estaba allí Juan con dos de sus discípulos, y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: «He aquí el Cordero de Dios». Habiéndolo oído los dos discípulos se fueron tras de Jesús. Volviéndose Jesús y viendo que lo seguían, les dijo: «¿Qué buscáis?» Ellos le dijeron: «Maestro, ¿dónde vives?» El les dijo: «Venid y lo veréis». Y se fueron con El.



Juan reprocha a Herodes su conducta

Herodías era la mujer de Filipo, hermano de Herodes Antipas. Este Herodes era hijo del cruel Herodes que mandó matar a todos los niños de Belén.

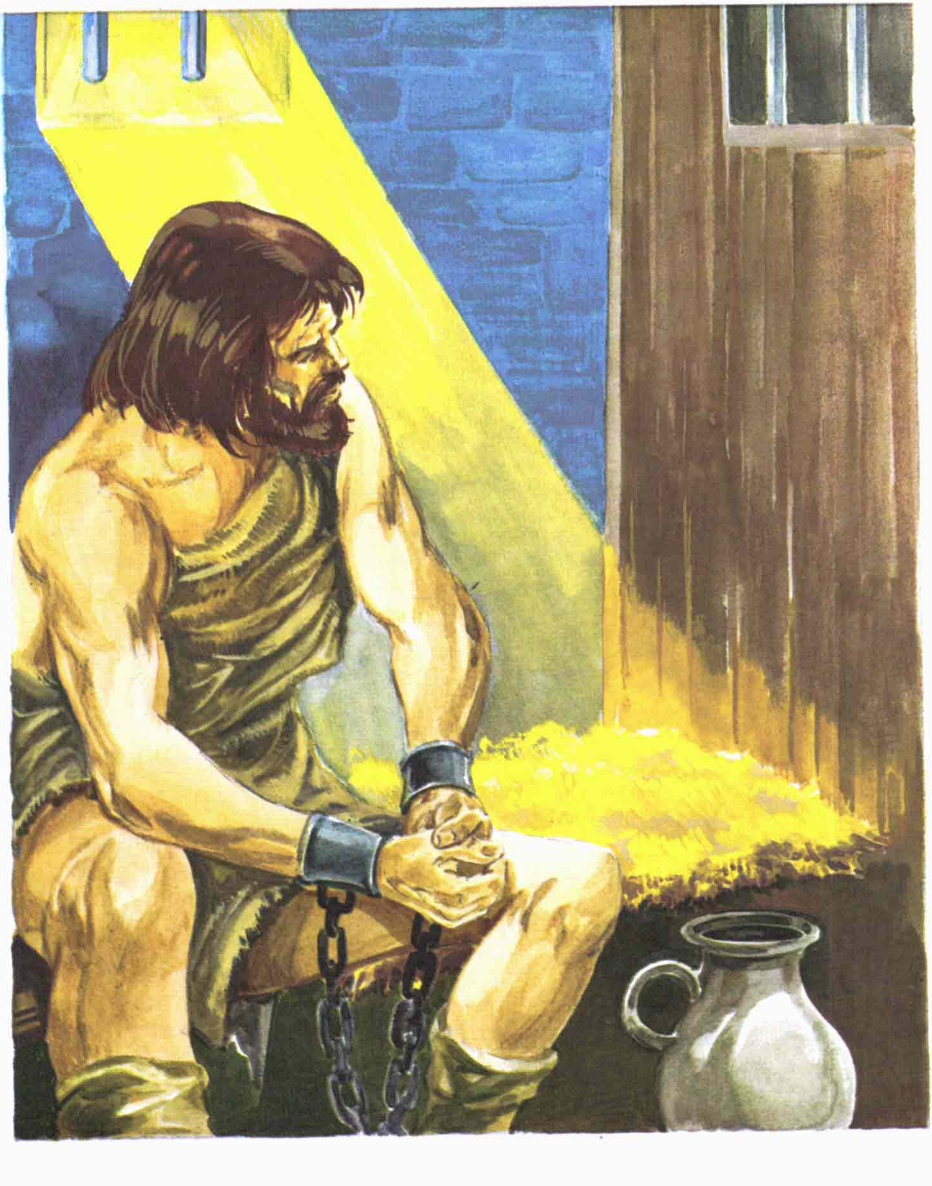
Herodías se divorció de su esposo Filipo y se casó con Herodes, y entonces Juan fue a él y le recriminó diciendo: «No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano»; y le echaba en cara todas las cosas malas que había hecho.

Entonces Herodes, instigado por la adúltera, mandó gente hasta el Jordán para traerlo preso, queriendo matarle, mas no se atrevió, temiendo a la gente, porque le tenían por profeta.

Herodías estaba muy irritada contra él, y quería matarle y no podía, porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía, pues estaba muy perplejo y preocupado por lo que le decía.

Herodías le odiaba a muerte y sólo deseaba encontrar la ocasión de quitarlo de en medio, pues tal vez temía que a Herodes le remordiera la conciencia y la despidiera siguiendo el consejo de Juan.

Sin comprenderlo, ella iba a ser la ocasión del primer mártir que moría en defensa de la indisolubilidad del matrimonio y en contra del divorcio.



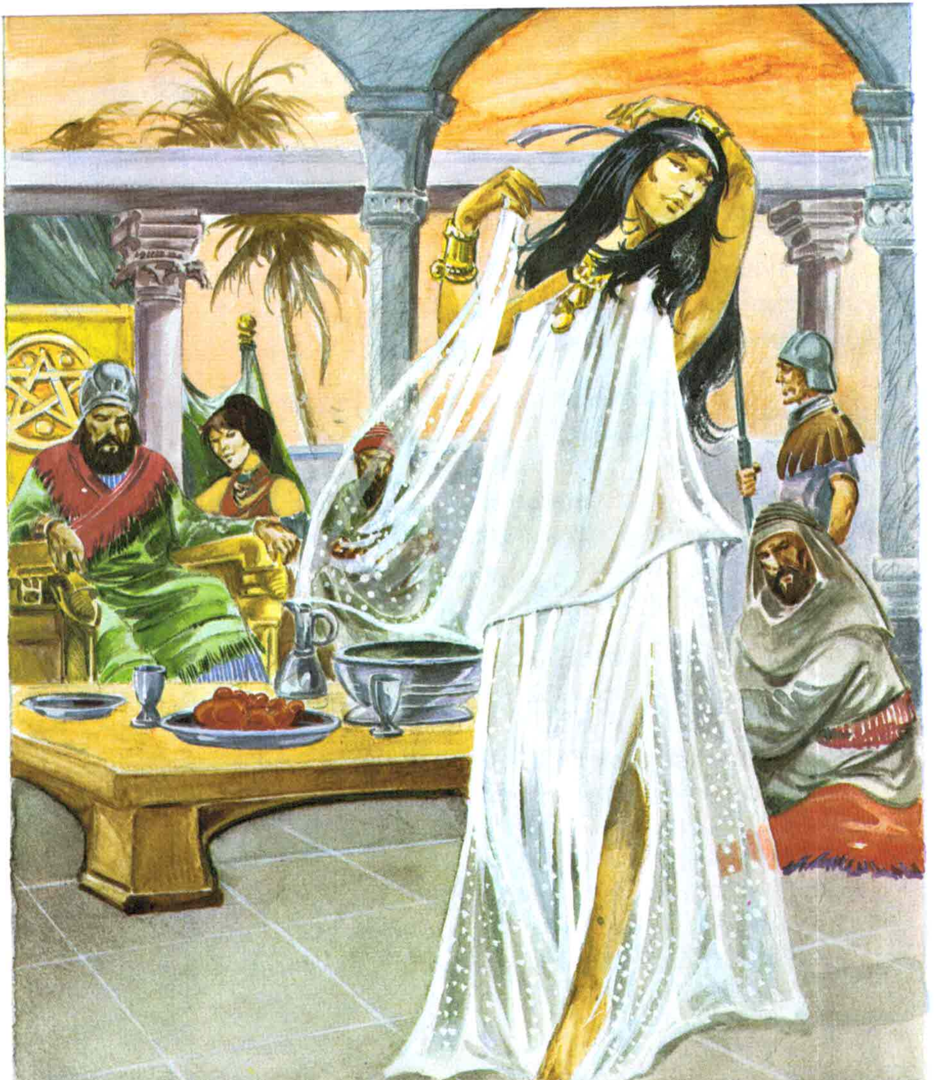
Los discípulos de Juan

Estando Juan en la cárcel y viendo que algunos de sus discípulos tenían dudas respecto a Jesús, los mandó a El para que El mismo los fortaleciera en la fe.

Llegando donde El estaba, le preguntaron diciendo: «Juan el Bautista nos ha enviado a Ti a preguntarte si eres Tú el que tenía que venir, o esperamos a otro».

En aquel momento curó Jesús a muchos de sus enfermedades, padecimientos y malos espíritus, e hizo ver a muchos ciegos. Y, respondiendo, les dijo: «Id y contad a Juan las cosas que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio...»

Así que se fueron los discípulos de Juan, empezó Jesús a decir: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña sacudida por el viento? O ¿qué salisteis a ver? ¿Algún hombre vestido de ropas finas y delicadas? Ya sabéis que los que se visten lujosamente están en los palacios de los reyes. Pues, ¿qué salisteis a ver? ¿Algún profeta? Sí, ciertamente, Yo os lo aseguro; y aún más que profeta. Pues de El es de quien está escrito: Mira que yo envío mi mensajero delante de Ti para que te prepare el camino. Por tanto, os digo: Entre los nacidos de mujer, nadie ha sido mayor que Juan el Bautista...»



Herodías pide la cabeza de Juan

Llegó el cumpleaños de Herodes y celebró un gran banquete, invitando a tribunos y a muchos personajes importantes de Galilea. Y al final del banquete entró en la sala la hija de Herodías y bailó en presencia de todos, de forma que agradó mucho a los invitados y principalmente al propio Herodes.

Entonces el rey, tal vez algo bebido, dijo a la muchacha: «Pídeme lo que quieras y te lo daré». Y juró: «Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino».

Ella salió en seguida fuera y preguntó a su madre: «¿Qué le pediré?» La adúltera, que vio la ocasión oportuna de conseguir del rey lo que tanto ansiaba, contestó jubilosa a su hija: «Pídele inmediatamente la cabeza de Juan el Bautista». La muchacha entró de nuevo apresuradamente y en seguida dijo al rey: «Quiero que me des ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista».

Entonces se dio cuenta el rey de su error al comprometerse a darle cualquier cosa que le pidiese, y se puso muy triste porque temía matar al Bautista; pero a causa del juramento y por respeto a los que estaban con él a la mesa, no quiso desairarla, y, llamando a su guardia personal, ordenó que fuesen a la cárcel y lo decapitasen y le entregaran a la muchacha la cabeza de Juan en la forma que ella lo había solicitado.

El gran pecado de Herodes

El pecado de Herodes fue grande por casarse con una divorciada y matar al Santo que se lo reprochaba. El mismo pecado cometió Enrique VIII divorciándose de su mujer para casarse con otra, y matando a Santo Tomás Moro porque lo reprochó. No obstante, no es menor el pecado de otros reyes autorizando el divorcio y permitiendo el adulterio entre los divorciados... Grande fue el pecado de Herodes, grande el de Enrique VIII, y grande el de todos los gobernantes que autorizan el divorcio y el adulterio entre los divorciados.

¡Pero todavía hay otro pecado más grande, que fue el que cometió otro rey Herodes que era el padre del Herodes que mató al Bautista! ¿Sabéis que pecado fue el de aquel criminal? El de degollar a todos los niños de Belén para matar con ellos al Niño Jesús que sabía había nacido en aquella ciudad. ¡Qué crueldad! ¡Qué crimen más horrendo! ¡Pues lo triste es que hoy hay en el mundo muchos reyes y gobernantes que han autorizado matar a muchísimos más niños que los que mató Herodes! ¡Y lo triste es que los matan antes de recibir el bautismo para que no vayan al cielo...!

Roguemos a Dios para que en España no se autorice esa ley como han autorizado el divorcio y otras muchas perversidades.

Palabra de Dios

Jesús dijo a Marta: «*Marta, Marta; tú te afanas y preocupas por muchas cosas, y, a la verdad: una sola cosa es necesaria*» (Lc. 10, 41-42).

¿Qué es lo *único necesario?* Salvar el alma.

«*¿De qué le aprovecha a un hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Y si la perdiere, ¿a cambio de qué podría rescatarla?*» (Mt. 16, 26).

Salvar el alma es un asunto mucho más urgente y necesario que conseguir todas las riquezas de este mundo, e incluso, es más necesario que la misma vida.

«*No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed más bien al que puede arrojar cuerpo y alma a los infiernos*» (Mt. 10, 28).

«*Quien trate de salvar su vida con riesgo de su alma, la perderá; y a quien no le importe perder la vida por amor de mí y del Evangelio, la encontrará para siempre*» (Mc. 8, 35).

«*Al que me confesare delante de los hombres, Yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; pero al que me negare delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos*» (Mt. 10, 32).

«*Porque si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras ante esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su padre acompañado de sus santos ángeles para juzgar al mundo*» (Mc. 8, 38).

«No os preocupéis pensando qué comeréis, qué beberéis, o con qué os vestiréis... Esas son cosas por las que se preocupan los ateos... Vosotros buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura» (Mt. 6, 31-33).

Le dijo uno a Jesús: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para salvarme?» Y Jesús le dijo: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos».

Otro le dijo: «Maestro, *¿son muchos los que se salvan?» Y El le contestó: «Procurad entrar por la puerta estrecha; porque el camino ancho y espacioso es el que conduce al infierno, ¡y son muchos los que van por él! Por el contrario, el camino que conduce a la vida eterna, es muy estrecho y angosto, ¡y son muy pocos los que aciertan con él!»* (Mt. 13; Lc. 13).

A los padres: Todo buen padre ha de desvelarse por que sus hijos crezcan fuertes y sanos en el alma y en el cuerpo. Tan importante como el alimento, es necesaria la buena educación. Sobre todo, procure que reciban una buena educación religiosa. Y no lo deje todo a los maestros; instrúyalos en casa de palabra y proporcionándoles buenos libros.

Los libros de PIEDAD INFANTIL que se anuncian en la portada de ese libro son estupendos para la educación de los pequeños. Si no los encuentra en las librerías puede pedirlos directamente al Apostolado Mariano, Recaredo, 34. SEVILLA-3.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 84-7770-343-4. Depósito legal: M. 38.725-2000. Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-343-4